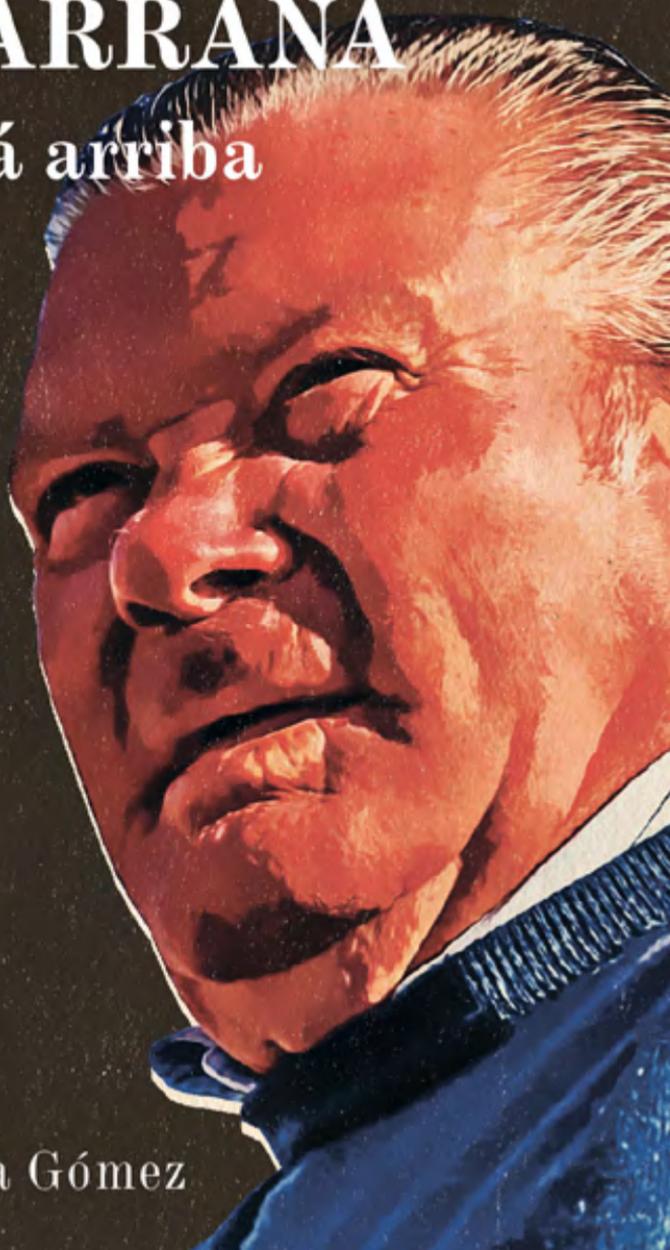


MANOLO CANTARRANA

Dios está arriba



Pedro Sevilla Gómez

**MANOLO
CANTARRANA**

Dios está arriba

**MANOLO
CANTARRANA**

Dios está arriba

Pedro Sevilla Gómez

© De los textos: Pedro Sevilla Gómez

© De la presente edición:
Servicio de Publicaciones de la Diputación de Cádiz

© De las fotografías: Juan Mariscal López

Edita:

Servicio de Publicaciones de la Diputación de Cádiz
Avenida 4 de Diciembre de 1977, nº 12. 11071 Cádiz
publicaciones@dipucadiz.es

Diseño y maquetación: Jorge de Vicente Guilloto
www.compasgrafico.com

Imprime: Global Ingraphi, S.L.
ISBN: 978-84-1312-088-1

Depósito legal: CA 511-2022
Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Saluda del Alcalde.....	9
Saluda de la Concejala de Cultura.....	11
Manolo Catarrana, Dios está arriba	13
Álbum de fotos.....	51

SALUDA DEL ALCALDE

La Navidad arcense mantiene, contra los vientos de uniformidad, su idiosincrasia fácilmente comprobable. Basta hablar de la zambomba arcense, y jerezana, para darse cuenta de que aquí la tradición tiene su poso y su peso. Otro dato que habla bien a las claras de nuestra genuina manera de vivir la Navidad, es la presencia sonora de los villancicos de “Los Panderetos”, el grupo músico vocal surgido en Arcos en los años sesenta y que supo recoger el arsenal de coplas populares y villancicos de los locales.

De entre los componentes de “Los Panderetos”, ejerciendo como alma del grupo, Manolo Cantarrana es, quizás, el más conocido, el rostro más visible de aquel quinteto prodigioso y el que, de manera ya individual, ha tenido una proyección artística mayor. Manolo “Cantarrana” era la voz del grupo, una voz festera pero que con la primavera, cuando la saeta, se tornaba en voz rotunda, grave y lastimada.

Cantaor flamenco que va de la alegría a lo hondo, como buen andaluz, Manolo “Cantarrana” aparece en este libro que saludo con todo mi orgullo como Alcalde, y se nos muestra su aspecto más íntimo, su vida colmada de penalidades pero encofrada siempre de esperanza, de superación.

Como alcalde de Arcos, siento, como digo, orgullo por la aparición de esta biografía de un gran cantaor arcense en esta tierra de grandes cantaores. Y que la Diputación de Cádiz lo acoja entre sus publicaciones es una muestra más de los desvelos institucionales en beneficio de nuestra cultura.

Isidoro Gambín Jaén
Alcalde de Arcos de la Frontera

SALUDA DE LA DELEGADA DE CULTURA

La historia oficial de los pueblos la construyen los grandes estamentos políticos, económicos y sociales; pero hay otra historia, una historia más honda, más pura, que brota de los pueblos en forma de verso, de canción, de dibujo o de música. Es la historia que no suele aparecer en los libros; sin embargo, es la que constituye el reflejo más fiel de todo colectivo humano.

Los y las artistas, en cualquiera de las modalidades imaginables, sientan, configuran y enseñan la cara interna de los pueblos, la interna y honda urdimbre donde tienen su sitio los grandes sentimientos humanos. Por eso nos emocionamos ante un lienzo, ante una partitura o ante un cante.

Por ejemplo ante un cante de Manolo Cantarrana, uno de nuestros más genuinos artistas flamencos de Arcos de la Frontera. En un pueblo de grandes figuras flamencas, pocos como Manolo Cantarrana han sabido decir cantando todo el arsenal de emociones que una garganta puede modular. Maestro de los cantes festeros, miembro del mítico grupo músico vocal "Los Panderetos", con el que llenó tablaos y salas de fiesta durante las décadas de los sesenta y setenta, Manolo Cantarrana pasará por ser uno de los grandes revitalizadores de la saeta arcense, ese

descomunal y desgarrado grito religioso que en Semana Santa se dirige a los Cristos moribundos y las Vírgenes sin consuelo.

Como Delegada de Cultura del Ayuntamiento de Arcos de la Frontera, siento gran alegría al saludar este libro editado por nuestra Diputación Provincial a propuesta de este Ayuntamiento. Con esta publicación, no solo se hace justicia con un cantaor flamenco; se hace justicia también, y eso es aún más importante, con la forma de ser y de sentir de todo un pueblo, con una cultura popular que no entiende nada que antes no le haya pasado por el corazón, sea en forma de verso o de música. O de saeta. O de bambera, como las que Manolo Cantarrana sabe desgranar como muy pocos y que andan por el pueblo de boca en boca.

María Macías Ibáñez

Tte. Alcalde y Delegada de Cultura

**MANOLO CANTARRANA.
DIOS ESTÁ ARRIBA**

Su nombre en los carteles. Sobre una aparatosa composición fotográfica se aprecian, algo desvaídas, como miradas desde un sueño, la torre de Santa María y la imagen de la Virgen de las Nieves. Ya en letras gordas, rotundas, aparecen su nombre y titulación, Manolo “Cantarrana”, cantaor local. Su nombre en los carteles junto a nombres grandes: “Camarón” quizás, o “Terremoto”, o cualquier otro miembro de las dinastías gitanas de Jerez o de Granada ; o Rocío Jurado, o “Chiquetete”, a quienes ese año, u otro año, van a concederles, o les han concedido ya, la Medalla de Oro de la Velada Flamenca. El cartel lo dice claro sobre el entresueño de la torre y de la patrona del pueblo, una luminosa talla que saldrá en procesión la misma tarde del evento, o habrá salido ya en los días previos, bajo un sol tortuoso y sediento: “Velada Flamenca Nuestra Señora de Las Nieves. Arcos de la Frontera, Plaza de El Cabildo, 5 de agosto, a partir de las 22:00 horas. La Velada será presentada por el locutor Pepe Marín, de Radio Popular de Jerez. Asesoramiento artístico don Antonio Murciano González, insigne poeta y flamencólogo”. Abajo, después de desgranarse el sideral elenco de cantaores, bailaoras y guitarristas, a derecha e izquierda, los sellos del Ayuntamiento y de la Diputación de Cádiz, que son los que pagan. “Quien manda cantar manda pagar”, suelen decir los flamencos, así que durante toda la noche ellos mismos, o personal de su confianza, andarán con un ojo

en la “soleá” y con el otro en la carpeta del funcionario municipal, donde presumen que van los billetes verdes, dicho sea esto sin ningún ánimo de crítica, sino todo lo contrario, que no está reñido el sublime ejercicio de llorar por derecho una seguriya demoledora con el interés por comer a diario.

Hace calor. La tarde cayendo está, como en los poemas de Juan Ramón Jiménez, y ya ha salido la procesión. Empujadas por el viento de Levante, las notas del himno a la Virgen, interpretado por la Agrupación Musical “Vicente Gómez Zarzuela”, llegan calles abajo hasta el mismo Altozano, donde un hombre ya maduro, de mirada honda y rostro ancho, presidido por una nariz roma, se viste con cautela para cantar esa noche en la Velada, que en los carteles está puesto su nombre, Manolo “Cantarrana”, y su título de “cantaor” y “miembro del grupo músico vocal “Los Panderetos”. Hasta su cuarto, a través de la escueta ventanita que da a la calle, moldeada por la cal de siglos, le llega la música y llevado por ella tararea la letra muy bajito, distraídamente: “Virgen Santa de las Nieves/ Nuestra Patrona serás,/ y en Arcos de las Frontera/tú por siempre reinarás”. Ya se ha vestido, terno oscuro, camisa blanca abierta sobre el cuello robusto, para que el pecho pueda estallar en las notas más rotundas de los fandangos que tiene pensado cantar. Va a hacer unas “bamberas” de Arcos, como las que grabó en Madrid, en la RCA, allá por mil novecientos setenta y tres, unos fandangos, unas colombianas y, por último, como manda la costumbre, unas bulerías. Incluso tiene pensada la presentación: “Buenas noches, ojú qué calor más mala, y qué levantera; pero bueno,

qué le vamos a hacer, ¿verdad?, si aquí el Levante no nos deja en todo el verano, y en las Nieves menos; yo no sé ustedes, pero yo no recuerdo una velada de las Nieves sin Levante...” Aquí el público se reiría complacido, incluso habría aplausos cómplices en las primeras filas, y después de unos piropos al guitarrista y alguna broma pactada con él comenzaría ya por las bamberas. Los fandangos altivos, sentimentales, las festeras colombianas, con su cadencia y su ritmo, y al final las bulerías, ese es el programa previsto. Hasta el final lo tiene ya imaginado: “Venga, y para terminar voy a cantarle a ustedes un poquito por bulerías. ¡Eso palmeros buenos ahí, que suban para arriba! Y muchas gracias a todos ustedes por escucharme. ¡Venga, vámonos, a ver cómo sale esto...Y que viva la Virgen de las Nieves. Va por ustedes. Venga, vámonos, esa guitarra buena...eeeeee!”

Dicen que cantar por bulerías delante de la gente de Jerez es un ejercicio comprometido. Incluso el poeta, el organizador del evento, don Antonio Murciano, había escrito ya unos versos, o iba a escribirlos un día, que lo dejaban claro: “Peca quien diga que no/ de lesa flamenquería,/ que es Jerez donde mejor/ se canta por bulerías”. Pero a Manolo “Cantarrana”, cantaor local, de Arcos, a treinta kilómetros de Jerez, no le da ningún miedo que los jerezanos lo escuchen. Es más, se siente cómodo en ellas, en las bulerías, y si la guitarra y los palmeros consiguen el compás, la milimétrica armonía, suele salir airoso, entre revolveras que ponen a bailar a los octosílabos. En realidad se siente cómodo en todos los aires festeros. Aunque sabe hacerlas, nunca canta por soleá o por seguriyas. No se trata del

socorrido “no están maduras” de la fábula. Es muy posible que “Cantarrana” no sepa lo que es una fábula, así que nunca dirá que las seguriyas no están maduras. Lo que pasa es que para él el cante es pura fiesta, celebración, ágape. Sabe bucear en lo hondo, en lo negro, y llenarse la voz de sangre, pero para él desde niño cantar es bañarse al sol, quitarse el hambre o guarecerse del frío en la panza honda y sonora de una taberna, entre risotadas y juramentos. Bañarse de alegría es para él el cante. De alegría y de vino. Para llorar tiene a la saeta, a la que ha imprimido un carácter propio, a la sombra de otro gran saetero, Manolo “Zapata”. Pero eso es en abril, en Semana Santa, y ahora es agosto, y la Virgen está en la calle, acompañada por el Alcalde y los Concejales, trajeados hasta los ojos, sudando hasta por los ojos, y por los maceros municipales con sus trajes de otro siglo.

El cantaor local se ha alisado el pelo, hacia atrás, aplastado sobre el cráneo, y antes de salir a la calle le ha rezado al Nazareno, que tiene su altar a unos pocos pasos de su casa, en una minúscula placita de la calle San Juan. Acude mucho al Nazareno, “al que está en San Agustín/ con la túnica morá”, según canta el pueblo. Acude a Él, a su conventito recóndito y milagrero, para pedirle lo de siempre: salud para sus hijos. Salud para sus hijos. Ah. Y ayuda para no beber, porque no quiere beber pero se lía y se lía, que si un fandango, que si otro, que si un vasito, que si otro, y muchas veces pierde la cuenta.

No quiere beber. Ha salido a la calle. El sol se destroza contra la cal alta de las casas, se desangra en el Poniente enmara-

ñado y borroso por culpa del Levante. El cantaor viste un traje oscuro, sin corbata, que lo mismo puede servir para llevar a una hija al altar, para comparecer ante Dios en el Juicio Final o para cantar unos fandangos de Huelva que levanten de sus asientos a los mil y pico de criaturas que se esperan en la plaza, entre aficionados y turistas. De los mil y pico, piensa mientras sube la cuesta de Socorro, más o menos mil van a la plaza a tomar el fresco, y el pico se lo reparten entre los turistas, que lo aplauden todo, y los aficionados de verdad, unos diez o doce, que se sientan siempre en las primeras filas de los asientos de plástico y oyen a los cantaores con el mismo respeto con que un devoto oye las homilías dominicales de su párroco. Sube la cuesta. Detrás va dejando el rastro persistente de la colonia que se ha untado en el pelo. Va dejando también el rastro de su voz en sordina, “haciendo voz”, tarareando muy bajito la letra de las bamberas con las que va a empezar su actuación: “La morena del columpio/ es de Arcos de la Frontera,/ aquí tiene al que la adora/ y en la esquina al que la espera./ La morena del columpio/ se llama Rosa María,/ y es la rosa más fragante/ del jardín de Andalucía.”

Coronada la cuesta de Socorro alcanza la iglesia de San Pedro, soleada espiga de piedra que mira al campo desde su torre barroca. Se santigua al pasar pidiendo protección divina. El Nazareno no está en San Pedro, pero seguro que la Virgen de la Soledad también le echa una mano. No quiere beber. Ha quedado un rato antes con el guitarrista, para “probarse” con la guitarra, para afinarse. Por allí andarán también los palmeros,

esos amanuenses del flamenco que cuando atinan, cuando se meten en compás, suenan como los ángeles y son capaces de poner a bailar al mismo Dios. Sonríe mientras camina: la imagen mental de los ángeles tocando las palmas mientras Dios se da “unas pataítas” por bulerías le hace mucha gracia y se ríe mientras sigue andando. No quiere beber.

Pasa por la puerta del Casino. Ha quedado a las nueve con el “tocaor”. Pepe Marín, el presentador del festival, suele llamar sonanta a la guitarra. A Manolo también le hace gracia cuando Pepe Marín, con su voz engolada y rotunda, anuncia a los “tocaoros” y los llama “magos de la sonanta”, o cuando les expide flamencas partidas de nacimiento y los emparenta “con la estirpe de Paco de Lucía, maestro indiscutible de la sonanta”, y cosas parecidas.

Ha llegado a la plaza de El Cabildo, solar del evento. Los funcionarios del Ayuntamiento han regado el albero y el calor acumulado asciende envuelto en un olor a lluvia falsa, a lluvia de invernadero. Un tablao inmenso se levanta bajo la torre de Santa María, otra espiga de piedra, gótica esta vez. Los operarios de sonido prueban micrófonos, aparatos atronadores, “probando, probando”, y los diez o doce, pongamos quince, aficionados de verdad comienzan a llegar para sentarse en primera fila, que detrás la gente no hace más que reírse y dar voces. El guitarrista no ha llegado. No quiere beber.

El Parador Nacional de Turismo está en la pared de enfrente al cadalso/tablao. Todo tablao tiene algo de cadalso, de promontorio funeral donde lo mismo se puede agarrotar el cuello

de un reo que acuchillarse el alma propia con el filo de una se-guiriya. Al cantaor local no le gustan mucho los tablaos. Acos-tumbrado desde niño a cantar a ras de suelo, a levantar la voz desde el suelo descalzo, desde el albero sucio de escupitajos y co-llillas, el tabloa le parece siempre eso, algo ominoso, tétrico, una elevación artificial, mortuoria. Ha entrado ya en el Parador. El Parador es del año sesenta y seis, y en su fachada luce una placa con su completa denominación: “Parador Nacional de Turismo. Casa del Corregidor”. Allí quiso la leyenda, y quiso el Ministerio de Información y Turismo que entonces dirigía Fraga Iribarne, que se ubicase el palacio del Corregidor, romanesco personaje enamorado de la Molinera, una real moza que lo llevaba por la calle de la Amargura, según se decía por entonces. El cantaor lo-cal, y su grupo “Los Panderetos”, habían grabado ya el Roman-ce, con mucho jaleo de palmas y de guitarras: “En Arcos de las Frontera/ que es una gran población,/ perla de mi Andalucía/ y orgullo de la Nación,/ vivía una Molinera/ con más luz que el mismo sol...” El Romance, y la copla del grupo, siguen adelante explicando que la Molinera era tan bella que el Corregidor se prendó de ella, hasta culminar en un desenlace chusco, donde el pobre Corregidor sale malparado, con claro menoscabo de su autoridad y de su tricornio; todo por querer buscar harina de otro costal, según explica el Romance con un claro tinte mo-ralizante. La tarde noche de la Velada de las Nieves El Parador Nacional de Turismo, Casa del Corregidor, se convierte en el camerino comunal de los artistas. Flamencos jovencitos, espi-gados, greñudos, armados de guitarra; gitanos achaparrados, de

terno y tez oscuros; o bailaoras con mirada de fuego, de esas que te decoran el mundo con sólo menear la bata de cola, se cruzan por sus pasillos o se asoman a las altas cristaleras que van a dar al cielo de la tarde, poblado de pájaros chillones borrachos de aire y luz. El cantaor local ha pasado al patio, defendido por el precipicio de la Peña por un compacto y disuasorio enrejado. Busca al “tocaor” y no lo ve. Vuelve a los pasillos y se dirige a los servicios. Va a mear. No quiere beber. Allí, en los mismos servicios, se encuentra con alguien de la organización. “Venga, Manolo, vamos a tomarnos un algo, ¿no?, que ya es hora..”. Manolo no quiere beber. O sea, quiere beber, necesita beber, pero sabe que no debe querer beber. Por lo menos hasta después de cantar. Se lo ha pedido al Nazareno mientras se vestía para su actuación/ajusticiamiento, mientras se preparaba para morir a compás desgranándole unas bamberas a una mocita, “la niña que está en la bamba/ se le ha caído un volante;/no lo quiere recoger/ porque está el novio delante”. También piensa cantar esa noche, de hecho va a cantarlo, aunque desastrosamente, un fandango suyo muy aclamado: “..Y su boca dijo no./ Un beso le pedí un día/ y su boca dijo no./ La inocente no sabía/ que iba a ser playa de amor/para mi piratería.”

Y su boca dice sí. Tenía que decir no, que tiene las mismas letras, pero su boca dice sí a lo de “tomarse un algo”. Y ya con la boca caliente le dice sí a otros dos, o tres, o. El guitarrista, el de la sonanta, como iba a decir luego Pepe Marín oficiando en el patíbulo como un sacerdote radiofónico, llega pero ya no era lo mismo. El cantaor está ya eufórico, y ríe con los ojos

minúsculos y vidriosos, con la lengua estropajosa, con el traje descompuesto.

Sale a la plaza y se enfrenta a la multitud, a los saludos castizos, cómplices, de los incondicionales. La multitud da miedo siempre. Sea para asistir al ahorcamiento de un cuatrero o a una ristra de colombianas, la multitud da miedo, asusta, vocifera, azuza. El cantaor local mira arriba, a la torre encendida de la iglesia, y da un pequeño traspies. Como los pájaros de la plaza las letras le van y le vienen, corretean por su memoria y se esconden, se pierden, se alejan, “la niña que está en la bamba...” “vente conmigo, vente conmigo, dile a la gente que soy tu primo...” “quisiera cariño mío/ que tú nunca me “orviara”... “me gusta a mí cantar verdial,/las verdialeras, las verdialeras, me gustan más... El “tocaor”, el de la sonanta, según Pepe Marín, lo sigue y lo insulta. Lo quiere y lo insulta muy bajito. Lo insulta porque lo quiere, “mamón, que eres un mamón, a ver cómo vas a salir de ésta, con la “tajá” que tienes...”

El Levante arrecia con la llegada de la noche. Lo agradece. El viento alocado golpea el escenario, lo zarandea como un endemoniado, así que si da un pequeño traspies o se le descompone la chaqueta siempre lo puede achacar al viento. No oye la presentación. Está persiguiendo a los pájaros fugitivos de las colombianas, a los huidizos octosílabos de los fandangos, y no oye cómo Pepe Marín lo presenta como un genuino representante de lo festero, como un hacedor inimitable de los cantes serranos, para terminar señalándolo como el líder natural, el elemento catalizador de “Los Panderetos”.

Se olvida, antes que nada, de la presentación. Da las buenas noches, carraspea para oírse la voz y deja pasar el chistecillo sobre el viento de Levante. Quiere terminar pronto, cumplir más o menos e irse. “Venga, vamos a cantar unos fandanguitos buenos que se los voy a dedicar a todos ustedes...”

Ya en la madrugada, solo, descompuesto, hundido, baja la cuesta de Socorro. Sabe que ha estado mal, que ha destrozado los cantes. Le duele, sí. Pero sabe que cuando va a dolerle de verdad es mañana, cuando amanezca lleno de culpa, de remordimiento y con ganas de beber.

Y amanece, porque siempre amanece. Y lleno de olvidos punzantes, de rabia contra sí mismo, despierta y se sorprende vestido con el traje de la Velada. Tiene ganas de llorar y de beber.

La casa es de La Corredera, o quizás de la calle Tablada, nadie lo recuerda bien, pero en el corazón de la sarteneja palpita el cisco picón, rojo de ascuas, calentando la estancia, calentando la humilde canastilla para vestir al niño: cuatro trapos, unas gasas para el ombligo, una camisetita blanca... El trajín de las mujeres parteando a la madre, acogiendo al niño en un lienzo amarillo, se hace más acuciante, más compulsivo, cuando se consuma el parto, con su emocionante brutalidad, con su carga de dolor y gozo, de luz y de sangre. Sí. Ha parido una joven. Ha dado a luz.

Ha sacado de sus entrañas una luz nueva para el mundo, una luz irreplicable por los siglos de los siglos. Hace un momento tenía esa luz escondida, alojada bajo su corazón –los alemanes, creo, llaman a estar embarazada tener un hijo bajo el corazón– y ahora esa luz es ya de todos, brilla por su cuenta, desvalida y autónoma, soez y gloriosa, sucia de excremento y sangre.

El niño llora y las mujeres, que lloran también, se alegran de que el niño lllore. Eso es señal de que sus pulmones están llenos de aire y señal también de que no ha nacido inocente, angelito o tonto. Los niños tontos, dicen siempre las viejas, las viejas matrona vecinales, no lloran cuando nacen; nacen calladitos, dóciles, más niños todavía, como si la infancia tuviera un estado anterior, angelical, totalmente divino, genuinamente divino. El niño llora y la estancia huele a alhucema. La vecina más previsora ha echado alhucema en la sarteneja para apagar los olores carnales del parto y la estancia huele a limpio, a la primera mañana del mundo.

La primera mañana del mundo para el recién nacido es la del diecinueve de enero de mil novecientos cuarenta y dos. Lo marca un almanaque clavado en la pared de la sala. El almanaque está también recién nacido, abierto por su primera hoja, por su primera mensualidad; todavía sus dígitos navideños evocan ternuras familiares, villancicos, coplas romanceadas de esas que se recuerdan luego durante toda la vida. La mañana es soleada. O quizás llueve. Nadie lo recuerda. Enero alterna aquí días de plata helada, de fríos heridores, con días de sol que anuncian ya la buena nueva de la primavera. Enero es invierno

pero no hay más que mirarle la cara a los almendros para saber que algo grande está anunciándose. Puede que el diecinueve de enero de mil novecientos cuarenta y dos esté lloviendo, o puede que haga sol. Lo cierto es que en la calle, da igual en qué calle, Corredera, Tablada, la que sea, hay un niño nuevo. Las serviciales vecinas han vuelto a sus casas, el recién nacido duerme relajado después de su tortuosa salida al mundo y la recién parida reposa y llora en silencio. También lloran la abuela del niño y las demás mujeres de la familia. Hay en la sala un silencio funeral, más propio de un velatorio que de un nacimiento. El niño ha nacido sano, ha llorado convenientemente dejando clara su salud mental, y el parto ha sido incluso rápido tratándose de una primeriza, pero nadie chilla de gozo, ni piropea al niño, ni se entablan sesudas discusiones sobre el parecido físico de la criatura. Ahí, en el parecido físico, mejor no tocar, porque el niño se parece a su padre, bendito sea, aunque dentro de unos días va a ser inscrito en el Registro Civil como hijo natural, y van a imponérsele los apellidos de su madre, García Barba. Manuel García Barba.

Las dos grandes desgracias que pueden asolar a una familia de los años cuarenta son la muerte de uno de sus miembros o el embarazo de una soltera. La primera no tiene arreglo, más allá de la conformidad. La segunda suele remediarse con una boda de urgencia, que aunque no logra apagar del todo el chismorre vecinal al menos devuelve el decoro y el buen nombre a la familia afectada: el padre de la afectada puede volver a la calle o a la taberna con la cabeza alta, y la madre puede ir a la plaza

de abastos sin avergonzarse; es más, puede ir satisfecha, feliz porque su niña se ha casado, o va a casarse muy pronto, y las vecinas criticonas no van a tener más remedio que meterse la lengua en determinada zona.

Lo peor es cuando no hay boda. El padre del niño recién nacido no ha estado en la taberna esperando a que lo avisen del feliz nacimiento, ni se ha acercado por la casa. El padre del niño no está. Ni va a llegar; ni, aunque van a rogárselo, va a dar sus apellidos al niño, según la pomposa expresión popular para esos casos, así que tendrán que inscribirlo como hijo natural, con sus apellidos maternos.

La casa donde ha nacido el niño, ¿Corredera, Tablada?, está apagada, en silencio, como si estuvieran velando a un muerto. Una joven ha parido a un niño sano, un niño chatito que llora estruendosamente. El niño tiene padre, pero no va a hablar nunca con él, y va a verlo muchas veces en el pueblo, en las esquinas blancas del tiempo, pero siempre a distancia, siempre a lo lejos, alto e inaccesible como un tótem.

El niño, siete, ocho años, guarda cochinos en la finca “El Torilejo”. En el pueblo ya lo conocen como Manolo “Cantarrana”, en recuerdo del pago campesino donde su abuelo se lo llevó poco después de nacer. Así, con ese nombre, Manolo “Cantarrana”, va a figurar en los carteles de Feria, en los carteles bo-

rrosos de las Veladas de las Nieves, en los programas de mano de los festivales flamencos de las aldeas vecinas. Y en los concursos musicales de la radio. La radio. La radio es el instrumento más diabólico de los años cincuenta, porque a través de ella llegan, además de las grandes matanzas de un siglo sangriento, las coplas que enardecen a las mocitas, que le distraen el hambre con sus promesas de amor. El niño canta. Guarda cochinos y descubre que su propia voz lo acompaña. Le gusta oírse. Le gusta oírse cantar y canta “Mi ovejita lucera”, una copla de Pepe Mairena que no para de sonar en la radio.

Su primer auditorio, después vendrán las grandes galas, los públicos veraniegos, es una piara de puercos que pastorea con infantil empeño, a golpes de cayado y salmos, como un patriarca bíblico, infantil y animoso. Desde niño gusta de la alegría, se baña al sol, disfruta de la luz. Y canta. Ha nacido con la sonrisa puesta y ni aun cuando es consciente de su condición de hijo natural, de niño sin padre, se le apaga el sol de la cara. Nunca va a sentirse despreciado, ni va a tener que defender su buen nombre, ay la crueldad infantil, ante los niños de la calle o del colegio de “Los Salesianos”, donde va a dejar un expediente académico escueto, guadianesco, lleno de faltas de asistencia. Más que despreciado se siente condecorado, porque la sociedad suele adoptar como propios a estos niños. Los niños reconocidos son una propiedad particular merced a un reconocimiento que de por sí implica pertenencia, pero los hijos naturales, huérfanos de linaje, son un poco de todos, y los hombres ejercen con ellos una especie de paternidad compartida. Se siente querido

por todo el mundo por eso, por su procedencia, y su desparpajo innato y su voz infantil, de niño prodigio, hacen el resto hasta convertirlo en un personaje popular, minúsculo, aldeano. En un artista.

Muy pronto empieza a frecuentar las tabernas y los tablaos del pueblo. Hondas tabernas con el suelo de albero, frescas y altas, quijotescas salas de botas descomunales, preñadas de vino para la sed y el sueño de los hombres; tablaos de madera podrida donde a veces se suben unos hombres, Miguel “Cambayá”, “Latiguera”, Antonio Soto, el “Mochuelo”, el “Abajao”, para llenarse las boca de sangre cantando unas seguiriyas que duelen, o unas soleares que encierran todo un mundo en tres octosílabos y unas rimas. Y el niño, el “Cantarrana”. Lo sublime, lo que nos asoma a lo misterioso, a lo hondo, necesita un contrapunto para no infartarnos, para no destrozarnos con su crueldad y su belleza. Por eso después de un martinete de “Latiguera” había que poner a cantar al niño, para ser niño con él, para oírle la “Ovejita lucera” o las coplas de Joselito, otro niño prodigio, que no paraban de sonar por la radio.

La alpargata materna lo persigue, y casi siempre lo alcanza, para que no se le ocurra faltar a la escuela, pero entre la rigidez de los Padres Salesianos y la moneda de luz de la mañana se queda con ésta. Falta mucho a la escuela, “hace rabona” un día sí y el otro también, hasta que un día lo echan del colegio. Resulta que uno de los curas lo ha visto en horas lectivas convertido en hombre anuncio, más bien en niño anuncio, portando y paseando por la calle una pancarta con el anuncio de la película

que esa noche va a proyectarse en el cine de Ramírez: el cura se indigna, claro, y a partir de ahí se le prohíbe el acceso a los doc-tos muros salesianos. Con un mal disimulado alborozo toma definitiva posesión de la calle, que se convierte en su exclusiva patria, en el picaresco solar donde va a desarrollar su alegría de vivir, donde va a ganarse la vida, según una ampulosa expresión que no dejará de utilizar nunca.

Ganarse la vida es salir en una comparsa de Carnaval, con un pantalón largo y una blusa de lunares. El Carnaval de la época no puede decir su nombre porque algunos Gobiernos creen que prohibiendo una palabra se conjuran todos los peligros. El Carnaval está prohibido pero en las viñas, en las ventas lor-quianas, en los pagos perdidos, los hombres se visten de máscara y cantan coplas picantes porque un viudo ha vuelto a casarse, porque una mocita se ha quedado preñada como por arte de magia o porque un ranchero está amasando una fortuna por el traumático sistema de dejar de comer y de matar de hambre a sus futuros herederos. Se trata de reírse del vecino, de las pesadumbres del vecino, para ahuyentar las pesadumbres propias. Una de esas Comparsas, la de Medina, o la del Poeta, o la del Maicero, lleva a un niño con una camisa de lunares al que llaman “El Gitanillo”, un niño que canta muy bien y que consigue que las mujeres lloren y se rían al mismo tiempo, de pena por verlo tan chiquitito y de felicidad porque canta como los pájaros, que cantan por cantar.

Las comparsas se enfrentan unas contra otras. Se enfrentan a pedradas de coplas, a tortazos de rimas, a golpes de chascarri-

llos desvergonzados, en un juego al que llaman jura de bandera. Se atacan y defienden con afiladas puyas, representan sainetes jocosos, y al final canta el niño, el “Guitanillo”, el de “Cantarrana”. Mientras canta observa al comparsista con los dedos llenos de billetes de cinco duros, fruto de donaciones rumbosas, y el Gitanillo canta con más ímpetu, recreándose en unos gestos toreros que prodigará luego, de mayor, adelantando la mano como moviendo un invisible capote. Un día, un Carnaval, en un ventorrillo, quizás en la Venta “Morilla”, en la carretera de Algar, ve a un hombre sentado en una silla lejana. El hombre llora y el niño sabe que aquel es su padre. No entiende muy bien lo que siente, pero es algo parecido a la tristeza. Le duele un poco ver llorar a aquel hombre seguramente aquejado de mala conciencia, quizás arrepentido por no haber hecho frente a sus responsabilidades como padre, pero el niño se repone pronto y vuelve al cante y al trasiego de billetes de cinco duros, que le llenan de chispas sus ojillos pequeños y algo achinados. Hubo días de hasta quinientas pesetas, de ganar quinientas pesetas billetito a billetito, moneda a moneda, que se repartían los comparsistas entre abrazos y jubilosos aspavientos.

Otro día el niño, ya un mocito, va a enterarse de la muerte de su padre. Un conocido se lo cuenta, le dice ayer se murió tu padre, y el chaval contesta con frialdad que al fin y al cabo todo el mundo tiene que morir alguna vez. Luego se arrepiente, porque es bueno, porque su corazón está siempre orientado a la alegría, al gozo supremo de bañarse de sol, y le da mucha pena haber reaccionado así. Pero ya no hay remedio. Le salió así y ya está.

El Carnaval tiene sus días en febrero, en las entrañas de febrero, y el niño, ya sin escuela, ensaya nuevos trabajos y entretenimientos. Se sabe ya cantaor. Sabe que canta bien, que va a contar toda su vida con ese tesoro, y vive con despreocupación. Su madre encala en las casas ajenas, un ejercicio muy propio de las madres solteras, y trata de hacerlo un hombre de provecho con el método binario que tiene a mano: los besos y los alpargatazo. El niño es bueno, pero lo que quiere es calle. Y en la calle está la Feria, la Feria de San Miguel. El verano ha dejado atrás sus secarrales y sus temporales de Levante y un día de finales de septiembre, ya con la luz otra, más suave, empieza la Feria de San Miguel. El dueño de una tómbola lo escucha cantar y quiere llevárselo con él, de gira por todos los poblados de la zona. La vida es una tómbola, pero no acepta. Le tiene un apego especial al pueblo y no quiere salir de él. Tiempo adelante lo tentarán también para irse fuera, a salas de fiestas de renombre. Siempre dirá que no. La última vez el empresario le mandó un giro postal con el dinero para el viaje, pero en vez de irse se fue a los Almacenes “Porro” y se compró un traje.

En la taberna de “Hervón” se reúnen los rancheros que vienen al pueblo a firmar una escritura notarial o a pasar un niño por el Registro Civil. En la taberna se reúnen también los corredores, los tratantes, siempre dispuestos a concertar las voluntades de compradores y vendedores. Siempre hay un ranchero dispuesto a comprar un par de mulos y siempre hay otro dispuesto a venderlos, así que el corredor los sienta juntos, los azuza convenientemente hasta que el trato se cierra con

un apretón de manos y un vaso de vino. Entre trato y trato el niño canta. Los rancheros, tanto vendedores como compradores, están contentos, obsequiosos, y se pelean por invitar a toda la concurrencia. El niño canta fandangos de niños abandonados o de hombres dados a la bebida, y los rancheros le dan algunas monedas que el niño aprende a reconocer por el tacto, sin abandonar el remate del fandango con la mano adelantada, como en la suerte suprema. Uno de los tratantes, un hombre alto, tocado siempre con un sombrero cordobés, echa mano a la cartera y con mucho aspaviento deposita en su propio sombrero un billete de cinco duros. Los rancheros, que están contentos con el trato, para no quedar mal depositan también la misma cantidad y muy pronto el sombrero hierve de billetes sucios y manoseados. Cuando se marchan los rancheros el del sombrero cordobés agarra al niño por la camisa y le dice que le devuelva su billete y que le esté agradecido por haberle servido de gancho. No consta, pero no es descartable, que además del billete que sirvió de anzuelo el corredor tomase algún otro de igual o similar coloración.

Aunque su expediente académico es una catástrofe de suspensos, cruces y faltas de asistencias, el mozo lee con soltura y se gana unas pesetas leyéndole novelas de “El Coyote” a una parienta lectora que ha perdido la vista. A veces quiere hacer trampa, se salta páginas para terminar pronto e irse a la calle, pero su parienta, que parece somnolienta, lo descubre siempre y lo amonesta: “Por ahí no iba, Manolo. Te has saltado un montón de páginas. Qué te crees, que soy tonta...”

Niño anuncio de “Malvaloca”, o “Sangre y luces”, o de las primeras películas de Lola Flores, lector para invidentes, comparsista, ayudante de feriantes, cantaor de tabernas y, por fin, empleado de un ditero, todo un ascenso social en un tiempo donde los diteros son auténticos banqueros de la miseria y prestamistas de los desamparados. Que una mocita se casa y hay que prepararle el ajuar, con su tela de muselina, sus cortinas para la alcoba, su olla para el anafe, su escupidera para las urgencias nocturnas, pues ahí está el ditero para proporcionar todos esos enseres a cambio de ir pagándolo a razón de dos reales, una peseta, dos pesetas por semana. El niño es vivo, “más vivo que un ajo” dicen sus atribuladas clientas, y en pocos días maneja ya el libro de cuentas. Se mueve por todo el pueblo, unas veces solo y otras con el patrón, Calero, uno de los diteros más poderosos del pueblo. Visita a diario las casas pero no siempre con éxito. Muchas mujeres se esconden cuando lo ven venir, o dan la cara, las pobres, y le dicen que vuelva otro día, “ven mañana, Cantarrana, hijo, que como te pague me voy a quedar sin nada”. Cuando sube hasta el Convento, un albergue que acondicionó el Ayuntamiento para gente sin techo, junto a la iglesia de San Francisco, las mujeres lo festejan con gritos y le advierten nada más entrar: “Si quieres que te paguemos nos tienes que cantar un poquito, así que tú verás, Cantarrana”. “Cantarrana” les canta, claro, más por alegría de cantar que por la promesas de la dita, más interesado en cantar por cantar, por el sabor del canto, que por engrosar la bolsa de cuero del patrón. Muchas veces ocurre lo que tiene que ocurrir: canta y no cobra.

Las mujeres le dicen que ha cantado muy bien, que da gloria escucharlo, pero que no tienen dinero. Protesta un poco pero la verdad es que le da igual. Sabe que ha hecho felices a aquellas mujeres arracimadas en la pobreza, acogidas en sagrado por la beneficencia municipal, y con eso le basta. Desde muy pronto descubrió que su cante, como el de los pequeños ruseñores –la comparación con Joselito era inevitable–, hacía feliz a la gente; por eso siempre estuvo dispuesto a ganar dinero con él, pero también a donarlo, a regalarlo para compartir el don recibido.

Entre fandango y fandango, entre libros anuales de contabilidad de las pobres monedas de la dita –aquellos libros gordos, con pasta de cuero, sobados, manoseados, garabateados de cifras minúsculas, de astronómicas miserias–, van cumpliéndose años y “Cantarrana” pasa de ser el niño que canta en las tabernas a convertirse en un joven que gana concursos en la radio. Se ha comprado un traje para ir presentable a las emisoras, como aquella de Radio Sevilla, donde consigue el primer premio en un concurso patrocinado por “La Casera”, la gaseosa que llena de burbujas dulces la garganta y la memoria de los niños.

El Nazareno de San Agustín, el Cristo de su barrio, recibe cada viernes un río de mujeres que van a pedirle lo de siempre: trabajo para el marido, que la hija primeriza para sin contratiempos y que le ponga Su mano encima a todos los niños de la casa. A ese mismo Nazareno acude con frecuencia “Cantarrana”. Ahora es joven y pide un mundo por delante, o sea, suerte en el cante y larga vida a un amor que lo tiene embelesado. El

amor se llama Nieves, pero a pesar de su nombre le tiene el corazón acalorado a todas horas, conmocionado de belleza. No ha leído a nuestros clásicos, pero ya sabe que el amor es fuego helado, nieve que quema y otras cosas que sólo caben en un soneto y en un corazón. Manolo “Cantarrana” va a San Agustín a pedirle al Nazareno salud, amor y suerte en los concursos de cante. Luego, tiempo adelante, cuando el alcohol le muerda los talones del alma, irá a pedirle que le ayude a dejar de beber, que pueda volver a cantar sin beber, como cuando era un zagal y le cantaba a las mujeres del Convento por el gusto de cantarles, sabiendo que no iban a pagarle la dita.

Al Nazareno le reza y, por abril, le canta saetas desde la ventanita de su casa, en el Altozano. Por abril se le pone serio el cante, se le apagan las rumbas, las colombianas, y la estaña de la saeta se le posa en el alma y en la memoria. Los cantaores de Arcos hacen una saeta áspera, rudimentaria no por falta de medios técnicos, sino por una especie de ascetismo primitivo, ancestral. Son sus maestros “Latiguera”, “Cambayá”, Antonio Soto y, por supuesto, Manolo “Zapata”, la voz mayor de la Semana Santa. “Cantarrana” se adorna y adorna la saeta local porque quiere desembarazarse de su sobriedad elemental. Sin desvirtuarla, sin quitarle altura ni hondura trágica, pero haciéndola más asequible al alma común del pueblo, introduciéndole entre los borbotones de pena unos quejidos que alzan, que emocionan y hacen llorar, pero con unos hilos de alegría entre las lágrimas.

Bares, lugares, lagares. “Cantarrana” va mucho por la taberna de El Duque, su entrañable proveedor, allá en la calle Boticas, esa arteria urbana que une las feligresías de Santa María y San Pedro, iglesias antaño enfrentadas porque ambas se disputaban las preeminencias y las regalías de ser consideradas Mayor y Más Antigua. Tanta fue la pelea que tuvo que ir a Roma un cura local, Clemente Antonio de Baena, para pleitear por el título. Ganó Santa María: el flamígero gótico ganó a la barroca espiga de piedra petrística y ahí quedó la cosa. El Duque es amistoso proveedor de los flamencos. Las casas reales tienen sus proveedores oficiales, y los flamencos, que también son de sangre real, tienen los suyos. El Duque es su proveedor de amistad, de conversaciones y chascarrillos que van fijando la historia del pueblo, o mejor, la intrahistoria, que es esa cosa hecha de calma y dolor, de luto y luces, que forma y conforma a un pueblo. La taberna del Duque es minúscula pero allí cabe todo el mundo, todo el mundo que quiera compartir el inabarcable cante y el escueto espacio atosigado por unas gigantescas botas donde duerme un vino que ilumina, pero que también puede cegar, hundir y humillar. Pero el bar flamenco flamenco, el más flamenco, es El “Camborio”. “El Camborio”, años sesenta arriba. El “Camborio” es un tablao flamenco construido, más bien excavado, en las alturas de la Peña, en la calle Maldonado, tendida como un galgo blanco a la sombra barroca de la ige-

sia de San Pedro, la iglesia que perdió el pleito. El “Camborio” es frecuentado por gente distinguida, deseosa de frecuentar a cantaores y otros castizos lugareños. Es frecuentado también por militares de la Base Naval de Rota. No se sabe bien cómo se han enterado, pero hasta el santuario flamenco de la calle Maldonado acuden negros descomunales con su exótico idioma y sus estrafalarios aliños indumentarios. Beben, claro, y a veces meten la pata. También vienen señoritas de la Base, militares o de paisano. Las señoritas de la Base creen que bailar sevillanas en dar vueltas como una peonza y los lugareños las dejan hacer, porque siempre es un regocijo ver bailar a una mujer. En los años cuarenta el cura de la iglesia de Santa María, la que ganó el pleito, prohibió a las mocitas bailar en la caseta municipal de la Feria de San Miguel, por entender, sin duda con muy buen criterio, que el baile es pecaminoso, porque bailar es entregarse al aire, a los invisibles y voluptuosos faunos que pueblan los bosques, los ríos y las casetas de feria. Las norteamericanas bailan y encienden a los mozos, y los norteamericanos beben y de vez en cuando pelean con los mozos. Casi nunca se llega a las manos, ni en una modalidad ni en otra: las americanas bailan mal pero tienen su recato, y los americanos son montañosos, corpulentos, fortachones, así que los españoles, más bien bajitos, prefieren que sean los Municipales los que pongan orden.

Al “Camborio” se acerca también gente que gusta del flamenco, que sabe que de vez en cuando, entre la morralla de cante malo, esperpéntico, se da una especie de acorde, de heridora belleza que emociona y eleva. Doña Pepa Maruri y la

Marquesa viuda de Tamarón se acercan alguna noche. Son dos damas distinguidas y doña Pepa tiene especial predilección por el cante de “Cantarrana”: hasta doscientas pesetas ha llegado a darle en alguna ocasión por hacerle unos cantes, o por una saeta a la Virgen de la Soledad, de la que es muy devota. “Cantarrana” también se hace muy devoto; se convierte en un fidelísimo devoto de doña Pepa Maruri, señora y dadora de billetes de veinte duros. Una noche “Cantarrana” está gracioso, chispeante; puede que haya recibido un motivo más para acrecentar su devoción, y envalentonado con las copitas se dirige a la señora Marquesa: “Señora Marquesa, perdone usted si la molesto. Es que, verás, yo no conozco el castillo, y me gustaría ir un día a verlo con mi novia.” Seguramente la voz le ha temblado un poquito, porque con copitas y todo tiene la sensación de haber hablado con Isabel la Católica, una reina que recuerda de su guadianesco paso por las aulas de los Salesianos, allá abajo en el Barrio Bajo. La señora Marquesa le dice que será un placer recibirlo. Es más, lo emplaza para el día siguiente: “Mañana a las cinco lo espero con su novia”.

Con estas señoras, o con otros amigos, por el “Camborio” aparece también el pintor Miguel Castro, un balear que ha puesto casa en la propia calle Maldonado. En su estudio alto, con luz azul de la Peña, pinta los siglos de cal de las paredes, el dorado trigal de las torres, las calles tortuosas, ríos de piedra quieta, y burros, muchos burros. Por sus óleos transitan burros enjaezados, como vestidos de limpio, burros filosóficos, kantianos, cargados de serones y de responsabilidad, pero también

burritos entrañables, juanramonianos, Plateros de algodón para la leve gravedad de los niños. Miguel Castro, don Miguel Castro como se le llama en el pueblo, acompaña a la Marquesa y a doña Pepa Maruri a algunas veladas del “Camborio”, pero por sus cuadros no aparecerá nunca un cantaor en trance, ni el remolino de colores de una bata de cola. Más que otra cosa él está enamorado, obsesionado, con los folios de cal de las paredes, con sus sombras azules, o con las sombras de bronce que caen de las iglesias como ángeles anunciadores. Sus cuadros, salvo colecciones particulares, andan ahora en las paredes de los edificios municipales, porque parece que antes de morir va a firmar un convenio de cesión con el Ayuntamiento.

“Que esta tarde nos espera la Marquesa en el castillo, que nos lo va a enseñar”. Manolo “Cantarrana” da la noticia a Nieves, su novia, y la pobre muchacha, como la Virgen cuando Gabriel le anuncia el embarazo, le dice que eso cómo va a ser, “que yo no voy al castillo, que a mí me da mucha vergüenza, que con esa gente no saber una ni qué va a hablar ni cómo va a hablar”. Manolo se obstina, quiere llevar a su novia al castillo, hacerla reina por un día, y como el Gabriel de la Anunciación la tranquiliza, le dice que la Marquesa lo tiene todo dispuesto y los espera. Nieves accede, ha accedido mucho antes de decirle que sí a su novio, y todo, hasta la tarde, hasta las cinco en punto de la tarde, se le va en buscar un atuendo adecuado.

Con él engalanada y del brazo del cantaor Manolo “Cantarrana” la muchacha llega a la puerta del castillo. El reloj de la torre de Santa María acaba de dar las cinco y ambos respiran

tranquilos porque han llegado a lo justo. Alguien les ha explicado que los ingleses son muy puntuales y no quieren pecar de irresponsables. El cantaor se da cuenta de que está nervioso. Una cosa es cuando está en el “Camborio” arropado de fandangos, en su ambiente cómodo, húmedo, y otra presentarse en un castillo a las cinco de la tarde, una hora totalmente seca, rotundamente abstemia. Las cinco de la tarde. Unas tazas de café ya prevenidas y la Marquesa que los recibe en el patio del castillo, los acompaña a una sala alta, con vistas a la Peña, para desde allí conducirlos a algunas dependencias. Nieves se sorprende de que las Marquesas sean como las mujeres de su calle, que enseña su casa a las visitas. Al fin y al cabo, piensa, mujeres todas, piconeras o Marquesas, hacen de su casa, da igual cueva renegrida que alta torre, su fortín particular, su atalaya defensiva, y la enseñan a las visitas para ofrecer lo que tienen, pero también para mostrar su fortaleza femenina. El hombre no enseña su casa a las visitas sencillamente porque el hombre no es el dueño de su casa, por mucho que diga la escritura notarial. Las casas sólo admiten dueñas y el hombre, el marido, no pasa nunca de ser un inquilino que no paga alquiler, un entrañable usufructuario.

Café y pastas, conversación, y la tarde que cae. El sol pasea su óleo amarillo por el jardín y la Marquesa, con sus propias manos, corta un manojo de rosas que regala a su invitada. Tras las despedidas alguien les abre la puerta del castillo y salen a la plaza como quien sale de un siglo a otro. Salen al XX, a una tarde del XX, y el cantaor se afloja el nudo de la corbata que se

anudó hace un rato para acudir presentable a la cita. También él, como su novia, ha tenido que rebuscar en su armario las prendas más decorosas para honrarse en la tarde que ya cae, que ya cae, que se hunde en las profundidades de la Peña. La muchacha, con su ramo de flores, regresa a su casa feliz, algo aturrida y orgullosa de su novio. No lo sabe aún, pero va a casarse con él una tarde, en el año sesenta y nueve, dos o tres años después de aquellas rosas.

Los jóvenes sueñan. Es mil novecientos sesenta y ocho y los jóvenes que se reúnen en el “Camborio” sueñan con triunfar en el flamenco. Es la época de “Los Romeros de La Puebla”, de “Los Marismeños”, grandes intérpretes de las sevillanas, las rumbas, los fandangos huelvanos, y mirándose en ellos nace un grupo músico vocal que después de muchas discusiones, nominaciones peregrinas y estrambóticas prosapias va a llamarse “Los Panderetos”. La Navidad estaba cerca, con sus almireces y panderetas, y el nombre lo fija “Cantarrana” una noche de villancicos y coplas de Nochebuena. “Vamos a llamarnos “Los Panderetos”.

“Los Panderetos” son la voz de Manuel “Cantarrana” y las guitarras, las voces y las palmas de Paco Gil, Julio Macías, Paco Cañas y Fernando Porrúa, este último, además, un fino bailar, tocado por la gracia de convertir el propio cuerpo en danza, en aire que danza. En realidad todos los “Panderetos” entienden su arte como una gracia, como una donación, como un don divino. “Cantarrana” lo dice mucho ahora, cuando las emisoras locales lo entrevistan: “Dios me ha dado el regalo de saber can-

tar. Es un orgullo muy grande”. También proclama que le gusta cantar a los niños, y para darle la razón a sus propias palabras anda en las escuelas, viejo ya, embarnecido, con la voz obstruida pero obstinándose en sacar la alegría honda de sus bamberas y entregarla a los colegiales de “Las Nieves”, la escuela de su barrio.

Con el portentoso arsenal del romancero local, de las coplas flamencas y navideñas, y del no menos portentoso caudal de los poetas de Arcos, Antonio Murciano, Julio Mariscal, Carlos Murciano, los “Panderetos” se hacen cuatro fotografías, se compran unos trajecitos y se ponen a cantar en casetas de feria y festivales flamencos. Como todos los jóvenes quieren llevarse la vida por delante, triunfar en el flamenco, y la vida empieza a darles la razón, pero con el tiempo se echan para atrás, precisamente cuando silban a su alrededor los cantos de sirena de contratos estables, que obligarían a cambiar de residencia, abandonar oficios y otras incomodidades.

El grupo ha nacido. No saben que en unos años van a disolverse y ahora están en la cumbre. Así lo dicen las emisoras, y así lo dice la mismísima Televisión Española de los años setenta. Actúan en los estudios de Televisión Española y todo el pueblo, Arcos entero, está pendiente de los televisores para admirarlos como héroes, para vitorearlos en las tabernas. Pero los héroes tienen que maquillarse. Por muy héroe que seas, si Televisión Española te contrata tienen que maquillarte, y a “Cantarrana” lo sientan en el sillón de maquillaje. La chica que va a restaurarlo, a convertirlo en un héroe presentable, le

mira la nariz chatunga, aplastada, y aunque muy profesional no puede aguantar la pregunta: “¿Es usted boxeador?”. “¡Qué va, hija de mi alma, yo soy cantaó flamenco, lo de la nariz es de nacimiento”, contesta el cantaor con la frente empolvada. Cada vez que cuenta la anécdota se harta de reír. La televisión tiene la virtud de convertirnos en semidioses con sólo mirarnos con su ojo de cristal, y al regreso al pueblo, ya desmaquillados, “Los Panderetos” son recibidos como si volviesen de un mundo mitológico, o como se recibe los astronautas cuando vuelven de pasear por la Luna. Ellos no han subido tan alto; sólo a Madrid, pero vuelven sanos y salvos, bendecidos, esplendorosos de fama. Y vuelven no en cápsula espacial, como los astronautas, sino en el taxi de Manolo Zapata, su maestro a la vez que su taxista. Zapata conduce un taxi negro, solemne, más propio para conducir a los deudos de un finado, muy serios, camino del cementerio, que para trasladar en sus asientos a un grupo de canción andaluza formado por cinco jóvenes, más guitarras y abalorios flamencos. Zapata es un cantaor grande, maestro de la saeta, y yendo y viniendo a la Feria de Ronda, donde han sido contratados por cinco noches, les va dando consejos y abriéndoles los ojos “en el mundo del flamenco”. Una de esas noches, cuando vuelven de Ronda, hacen una parada porque a la luz de la luna han visto una viña y les apetecer vendimiar unos racimos, como complemento al jornal contratado. Cuando vuelven al coche se ríen porque tienen embarrados los botines flamencos. Ninguno de ellos descubre en ello una metáfora de nada. O sí.

Ya brillan a la altura de “Los Romeros de la Puebla”. “Cantarrana” es albañil y a veces puede eludir su trabajo, pero los que trabajan en la banca lo tienen muy difícil. No saben que por ahí, por las incompatibilidades laborales, empezará a morir el grupo. Ahora están en Madrid, han vuelto a Madrid y han actuado en “Los Canasteros”, la sala de Manolo Caracol. A Madrid, capital de la gloria, los ha llevado Elio Berenguer, el modisto. Los recibe en su chalet con todos los honores, incluso les enseña un tigre que tiene allí, según “Cantarrana” una fiera que daba miedo. Han subido para grabar el LP “Vamos cantando y olé” y se hospedan unos días en la capital, los días de actuación, y a la segunda noche ya están familiarizados con los usos y costumbres: llaman al sereno con palmas flamencas y disfrutan dándoles propina y ganándose los halagos y cortesías falsas del profesional de la noche, que los trata de usted y les abre la puerta del “Hostal Embajada”, que es donde pernoctan.

El mismo Elio Berenguer los lleva a Córdoba, a la Feria de Córdoba. Los lleva, claro, el cantaor Manolo Zapata, cantaor y taxista, maestro y chófer. Nada más llegar, el modisto entrega a “Cantarrana” veinte mil pesetas para los gastos, independientemente de lo contratado. El cantaor tiembla de alegría igual que cuando en el bar “Hervón” el tratante de ganado ofrecía el ataúd de su sombrero para que los clientes depositasen billetes como flores, monedas como goterones de crisantemos; igual que cuando doña Pepa Maruri le soltaba cuarenta duros por cantarle a la Virgen de la Soledad. Los demás del grupo, incluido Zapata, también tiemblan un poquito, porque veinte mil

pesetas son veinte mil pesetas. “Quillo, que veinte mil pesetas son veinte mil pesetas”, les dice “Cantarrana” a sus compañeros cuando se quedan solos. Esta vez se hospedan en el hotel “Melía”, sin serenos ni nada y mucho más elegante que el hostel de medio pelo donde durmieron en Madrid.

Los “Panderetos”, antes de apagarse, editan cuatro LPs, uno de ellos íntegramente dedicado a la Navidad, donde consiguen popularizar letras y villancicos de los poetas arcenses.

Una casa derrumbada puede ser una metáfora del paso del tiempo, de la vejez, de la inconsistencia de la gloria. Una casa derrumbada es siempre una desgracia y ya en la edad madura a Manolo “Cantarrana” se le cae la casa. Según las noticias de prensa no hay que lamentar desgracias personales pero lo pierde todo. Lo pierden todo en la casa. Y, metáfora de la inutilidad del metal, bajo los escombros quedan sepultados los trofeos de ya remotos concursos, las placas de oro falso con su nombre y una fecha gloriosa. Y los discos, y los diplomas y menciones honoríficas. Y las fotografías, el álbum de cartones donde aparece de adolescente en Radio Sevilla, con los locutores Conchita Núñez y Manolo Bará, en un concurso que ganó, o que quedó segundo, qué más da ya. Fotos perdidas, otra foto con Bará en un concurso patrocinado por “La Casera”, gaseosa familiar, o con los “Panderetos” sonriendo orgullosos junto a Lola Flores

en “La Berza” de Bornos, un festival que organizó siempre el poeta Antonio Murciano. Al final somos los cuatro papeles que hemos firmado, las cuatro placas que nos han entregado por nuestra meritoria dedicación a esto o lo otro, las cuatro nóminas de un trabajo o las cuatro fotografías que dan fe de un casamiento, de la primera vez que toreamos con picadores o de aquellas noche en Bornos, con la “Faraona”.

Hasta eso lo ha perdido. A las puertas de la vejez llega sin la oportuna documentación que acredite su arte. Es un “sin papeles” de la gloria, un ilegal que no puede demostrar su pertenencia a una saga flamenca. Menos mal que los amigos le van reponiendo los cartones heridos, le van entregando copias de un pasado que le pertenece porque estuvo allí, porque una noche de los años sesenta cantó una saeta en Jerez que le valió un “Catavino de plata” compitiendo nada más y nada menos que con “El Carbonero” y con “El Guapo”. Lloró mucho, porque había perdido casa y memoria, cobijo y gloria, pero siguió cantando, riendo siempre porque “Dios está arriba”. Dios, el Dios de su calle, el Nazareno, está un poco más abajo, en San Agustín, y además de cantarle en Semana Santa acude para darle las gracias por todo, por no haber sido aplastado con los trofeos y fotografías. Le da las gracias y le pide lo de siempre: salud para los suyos y ayuda para dejar de beber. No quiere beber pero se calienta y ya no hay manera. Desde siempre asocia el vino con la alegría, con el cante. Lo que pasa es que el alcohol le exige cada vez más, y a veces le roba las letras de la memoria y los octosílabos de un fandango.

Cree en Dios, cree en los milagros con esa inocencia popular que roza el manto del Nazareno y sin mover los labios pide salud para los niños y trigo para los campos. Reza y llora ante su Cristo, entrando a la izquierda del altar mayor y un día llega el milagro. Claro que un milagro no es nada aparatoso. El Cristo del mil seiscientos, obra de Jacome Verlardi, de melena natural y túnica morada, no levanta los ojos ni le dice “vete tranquilo que esto lo arreglo yo”. Todo milagro exige un esfuerzo sobrehumano del aspirante a sano y el esfuerzo, el milagro, llega con medicinas y terapias en recónditas oficinas y grupos. Y con enfermedades. A veces una enfermedad nos sana de otra y de un serio problema cardiaco sale rejuvenecido, indulgente y dando gracias a Dios. Un día, y tras ese día otro, y otro, y otro, logra emular su famoso fandango, aquel que empieza “Y su boca dijo no”.

Ya sabe decir no y todas las tardes sube hasta la plaza de El Cabildo, el solar de sus triunfos y sus descalabros, de sus noches gloriosas y de las madrugadas sin memoria, cuando el cante sabe ya a niebla y aguardiente. Sube armado de lápiz y libreta. Se ha aficionado a las “sopas de letra”, como si quisiera poner en orden su mundo, encuadrarlo, sacar la palabra exacta de entre el barullo de letras sin sentido. A veces se asoma al balcón de la Peña y mira desde lo alto la cinta azul del río. No ha leído a Manrique pero algo le dice dentro del pecho que nuestra vida son los ríos que van a dar a la mar. Sonríe y cantiñea algo muy bajito, como haciéndose un regalo a sí mismo. Si se cruza con un niño lo requiebra con la alegría de siempre. Quizás en todo niño se ve a sí mismo, se homenajea a sí mismo, al niño sin

padre que cantaba en las tabernas porque era feliz con un trozo de sol y un cavelero de pan. Porque después de todo, del cante y los desastres, del alcohol o la furia, se vuelve siempre al niño, al juanramoniano Niño-Dios, y acaba uno cantando aquello de “cuando yo era Niño-Dios...”, eso tan bonito que termina en “la luz con el tiempo dentro”.

Álbum de fotos



01. Las primeras Ferias de San Miguel y los primeros amigos.





02. En Radio Sevilla, con el periodista Manolo Bará, poco antes de cantar en un concurso patrocinado por gaseosa "La Casera".



03. En plena actuación, con el reloj del tiempo detrás, cuando todo estaba por hacer.



04. Recogiendo el premio de manos de los locutores de Radio Sevilla.



05. Sonriendo al futuro, guitarra en mano.



06. Portada del primer single, editado en 1973 por R.C.A.



07. En el toro de Arcos, con un poco de miedo. El miedo es negro.





08. Entre rejas y claveles.



09. Cantando al aire libre, con la guitarra de Carbonero y las palmas de El Pesca.



10. Los Panderetos con la Faraona.



11. El Presidente del Gobierno Calvo Sotelo visitó Arcos en 1981. Apretón de manos junto al Mercado de Abastos.



12. Impecable en su terno oscuro, camino de alguna actuación.



13. Con el poeta Antonio Murciano y el Alcalde Jesús Ruiz, cuando empezaron los reconocimientos y homenajes.



14. A la Guitarra Miguel Cambayá, entonces el más joven de una saga de cantaores, tocaores y bailaoras.



15. Escuchando la guitarra.



16. Al toque Carbonero. En el rostro del cantaor el éxtasis del remate de un fandango.



17. Maduro, sobrio. En los Jueves Flamencos de Arcos.



18. Señalándose el corazón.



19. Velada de las Nieves de Arcos, cinco de agosto de un año.



20. Mirando desde la altura de los años.



21. Con Antonio Soto, otro grande del cante arcense.



22. El rostro del tiempo. Al final todo es azul.



*Este libro terminó de componerse
el día 18 de noviembre de 2022,
aniversario del nacimiento del poeta
Julio Mariscal, que escribió muchas
letras flamencas de Cantarrana.*

